

Palabra que suple las pérdidas

Temporal. Obra reunida

RAMÓN COTE BARAIBAR

Fondo de Cultura Económica, Bogotá, 2021, 482 pp.

EN 2021, con un prólogo entrañable de William Ospina, el Fondo de Cultura Económica (editorial de origen mexicano, pero que hace unos años tiene una sede también en Bogotá, seguro para abaratar costos) lanzó el libro *Temporal. Obra reunida*, todos los títulos publicados hasta ese momento por Ramón Cote Baraibar (Cúcuta, 1963). Aunque el libro no trae ningún dato del autor, si vivo o muerto, trayectoria, otros libros, nada. Y el papel, además, es deleznable.

Poemas para una fosa común (1984), *Informe sobre el estado de los trenes en la antigua estación de Delicias* (1991), *El confuso trazado de las fundaciones* (1991), *Botella papel* (1998), *Colección privada* (2003), *Diecisiete puertas* (2004), *Los fuegos obligados* (2009) y *Como quien dice adiós a lo perdido* (2014) son los libros publicados (y aparecen así, de atrás para adelante) por Cote Baraibar, hasta ese año, e incluidos en esta obra completa. Adicionalmente, encontramos una sección, al final, con los poemas publicados que no forman parte de ningún libro; algunos sobre pintores como Noé León y escultores como Constantin Brancusi, que bien podrían haberse incluido en su bello libro *Colección privada*, dedicado íntegramente a artistas plásticos y obras de la pintura, el dibujo y el grabado de diferentes épocas, en un recorrido que hace justicia con su gusto por el mundo de las artes plásticas y su formación en historia del arte. Los poemas de este libro recuerdan los artículos escritos por Antonio Caballero en *Paisaje con figuras*, que incluye reseñas de exposiciones de arte en distintas salas de Europa, sobre las exposiciones propiamente dichas y sobre algunos artistas en particular (también contiene algunas crónicas literarias y entrevistas). Ambos libros son importantes y gustosos. El de Caballero producto de exposiciones vistas en salas europeas, y el de Cote producto de ver las obras

(seguramente también en museos) y de preguntar a los amigos cuál cuadro salvarían en un hipotético incendio, y escribir un poema sobre dicho cuadro, según cuenta en un aparte final, titulado “Noticias de los libros”.

No es de palabras cortas el poema de Cote Baraibar, sino de palabras largas, extendidas, poemas palabreros (mas no por ello explicativos) y a veces abundosos. Tal como lo dice William Ospina en su presentación: “Lo que más abunda en la poesía de Ramón Cote es la disolución y la trasmutación de lo que fue. Su lenguaje es obstinado y desafiante” (p. 13).

Incluso en no pocas ocasiones acude a las prosas o párrafos poéticos, como en el libro *Botella papel* de 1998, donde evoca y convoca varios oficios y objetos ya perdidos en la ciudad, en algo que es más una fiesta de la palabra que una queja, una requisitoria o mera nostalgia. El cartero, el afilador, el vendedor de corbatas, el jardinero, el fotógrafo de los parques, el repartidor de carbón... Oficios que han desaparecido de la faz de las ciudades, y en particular de la Bogotá del autor (ciudad en la que creció y adoptó como suya), de la cual guarda recuerdos que ahora vienen al poema como una manera de salvaguardar su memoria y su vitalidad. El español Juan Vicente Piqueras lo dice así en uno de sus poemas: “Ya nada te depara / tantas sorpresas como tu pasado”.

Dice al comienzo de “Bicicleta de carnicería”, por ejemplo:

Si pudiera mirar a contraluz el corazón de los melancólicos aparecería la osamenta de veinte casas demolidas y un sietecueros que en un jardín inútil abre su flor morada para nadie. Acercando el oído sonaría la fugitiva ocarina del afilador y se vería con claridad el crecimiento del pasto entre los ladrillos y una sola puerta. (p. 160)

No es nostalgia, sino pura poesía en una prosa en la que no encuentro desperdicio. Un chorro de palabras, pero precisas, calculadas, exactas. Y a continuación siempre viene una “oración” por esa pérdida. Después del texto evocador de “Camionetas de lavandería”, por ejemplo, viene de inmediato “Oración por las camionetas de lavandería”, y llega a decir:

Ya está perdido todo esto hasta el fin del mundo. Que al menos una vocal detenga la fuga furiosa del olvido y sea esta página el lugar para llenarte de besos, la lápida para cubrirte de flores. Y sea duradera tu recuperación en el exterminio y estas palabras el antídoto para hacerte visible nuevamente. (p. 173)

Cero nostalgia y lágrimas por lo que ya no está, pura poesía y restitución por medio de la palabra.

Pero Cote también escribe poemas muy cortos, dos líneas apenas, como en “Origen”: “Me asomo al nuevo mundo / por encima de la manzana de tu hombro” (p. 88), que forma parte de *El confuso trazado de las fundaciones*, publicado en 1991. Poemas que, en buena medida, prefiguran esas pérdidas de la ciudad recuperada en *Botella papel*. Como “En los blancos cementerios”, “Elogio de las puertas” (“la puerta, que todo lo concede / o que todo lo impide, la resonante / o la silenciosa, la que permite patios”), “Billar”, “Expedición botánica” (que habla, en un poema muy breve, de los dibujos de pájaros y termina con dos líneas que deberían ser el lema de los dibujantes científicos, los dibujantes de pájaros: “Su dibujo no es un documento, / es una emoción”), “Espacios de Bogotá”. Y termina este libro de 1991 con un texto, igualmente muy breve, titulado “Poema final”: “Traigo del mundo su furor / contagioso / su lección inacabable. / Pero, ¿qué podemos ser / si todo lo que vemos / nos tapa los ojos?” (p. 114).

Pero la poesía existe, justamente, para destaparnos los ojos, para develar verdades que, a lo mejor, no importan a los ojos mortales de quienes ven de la vida solo su lado práctico, de ganancias, de triunfadores. Pero el poeta, como aquí, usa la palabra para recuperar verdades que, en apariencia, se habían perdido. El poeta se afianza y, después de escribir *El confuso trazado de las fundaciones*, dándole pinceladas a su palabra evocadora que quiere rescatar el origen de las cosas, la fundación de su ciudad, escribe a continuación, sin temor, ese otro libro que va por la ciudad detrás de los oficios borrados y los recupera mediante una palabra sin miedos: “Traigo del

POESÍA		RESEÑAS
<p>mundo su furor / contagioso / su lección inacabable”.</p> <p>En esta reunión de poemas de Cote Baraibar es posible deducir que toda su poesía está compuesta, de un lado, por textos cultos que exigen un lector ídem, como los de <i>Colección privada</i>, dedicados a los pintores más queridos (cito uno, “Night Windows –Edward Hopper–”, solo para que el hipotético lector no se lo pierda, y puede que me contradiga, pero no habría que tener referencia alguna del cuadro ni, menos, del pintor: “A media noche, / una luz encendida en lo alto // de un edificio / es un imperio. // La orfandad de ese involuntario / faro // es una solitaria prueba de la vida”, p. 261), a una de sus pinturas, a sus intimidades o a su manera particular de entenderse con el mundo, interpretada y recreada a su vez por el poeta. Y los dedicados a las ciudades (“Despedidas y apariciones”) que el autor conoció bien, o donde vivió, o las que visitó; estos componen un rico entramado de referencias, anchas y ajenas, que al lector común no le dirán mayor cosa, pero están escritos con su misma palabra, cercana y evocadora:</p> <p style="padding-left: 2em;">Lo que más me dolía / no era la tragedia de Eurípides / que los actores representaban, / sino saber que bajo tu vestido blanco / resonaba / como nunca y para nadie / la impaciente percusión de las ruinas / de Mérida. (<i>Colección privada</i>, “Teatro romano de Mérida”, p. 336)</p> <p>Y por otro lado están los poemas íntimos, cercanos, evocadores de mundos que ya no están, pero que, como digo, regresan mediante el poema, no para lagrimear, sino para revivir, es decir, para vivir de nuevo, con la vitalidad que les imprime una palabra vívida, sugerente, que nada le concede al facilismo de solo nombrar las cosas sin la emoción y la creación que significa una poesía de verdad.</p> <p>La niñez, el barrio, la ciudad, la familia, los amigos, las lecturas, todo ese mundo, como un caleidoscopio, están presentes en este libro. Textos que no les temen, como he dicho ya, a la extensión, a la palabra abundante, al poema de dos páginas o al párrafo largo. Hacen recordar, por momentos, el extenso poema de Álvaro Mutis, brillante,</p>	<p>lúcido y evocador; la ironía y el amor que, finalmente, traspira toda su poesía. En ambos autores encontramos tanto las pérdidas como las ganancias de la vida, llevados de la mano por la palabra vehemente y llena de significado; el pasado vuelto evocación y poesía, rescate de lo que ya no está; sorpresas dadas por una palabra que, con pasmosa hermosura, suple esas pérdidas y ese pasado.</p> <p style="text-align: center;">Luis Germán Sierra J.</p>	